



EL QUINTO SOL

Víctor C. Schilling.

Era su quinta noche en la sierra . . . ¡Y había llegado! . . . Había cruzado montes, . . . vadeado ríos . . . subido peñas . . . Allá abajo donde aún la selva parecía impenetrable había sentido miedo, ¡mucho miedo!, pero ahora, tirado en el rincón de la choza, sobre el suelo, no sentía ese miedo; era más bien frustración . . . Sí, eso era . . . ¡Una amarga frustración!

Era su quinta noche . . . ¡Y había llegado! . . . Había cruzado montes . . . vadeado ríos . . . subido peñas . . . Había sentido miedo cuando al principio de su quinto día había llegado al poblado; cuando había tenido que abandonar la protectora sombra de las huertas avanzando entre las "barrancas" formadas por las casas alineadas unas tras otras, sin espacios, sin refugios . . . "El miedo es la balanza de los hombres" y a él lo había pesado . . . Eso era todo.

Impotente, con las extremidades pesadas como el plomo, con el cuello agarrotado, con la garganta llenándose poco a poco de una lana que se iba haciendo más espesa, contemplaba a la luz de la fogata desde el rincón en que yacía, a aquel anciano que mientras arrojaba a un perol hierbas y más hierbas le miraba con una sonrisa triste . . . ¿O era un rictus alegre?

La mascarilla del oxígeno le oprimía, los brazos y las piernas los tenía sujetos y los ojos le ardían por la intensidad de las luces que brillaban sobre él; sin embargo, seguía con atención los movimientos del "patroncito" que vestido de blanco y ayudado por otro (¿O sería otra?) con las caras cubiertas (¿Quizá para que no los conociera?) trasegaba fierros, buscaba botellitas y de reojo, sí . . . de reojo lo miraba meneando la cabeza . . .

¿Dolor? No, no sentía dolor, realmente nunca lo había sentido: Fue solo un pinchazo que pensó que era de espina hasta que empezó a cosquillearle la lengua, a adormecerse los labios, a pesarle los brazos y a doblársele las piernas . Después . . . después había caído y había olvidado todo; hasta que acostado en el piso de la choza del anciano había sentido un líquido caliente tratando de abrirse paso entre la maraña de pelos que se le iba formando adentro . . . en la garganta . . .

¿Qué es el dolor? . . . "Sólo la cumbre que el hombre tiene que subir para llegar a lo alto de la montaña del propio dominio" y él no lo había sentido . . . Fue sólo un golpe Un golpe muy fuerte, sí; más que cuando siendo niño lo había pateado un burro, pero aun entonces el dolor había persistido más tiempo que ahora. Ahora sólo sentía sueño, un sueño profundo . . . un vacío . . . un sopor . . .

Y había llegado otro hombre . . . más joven . . . más resuelto, pero con la misma mirada remota y cansada. Lo había visto fijamente sin acercarse y había dicho una palabra . . . sólo una . . . NAUYACA. Después se había aproximado a él y de su mochila, ¡SU PROPIA MOCHILA! que el viejo había puéstole de almohada empezó a sacar todo: las latas de jugos, la ropa interior y lo máspreciado: Su libro . . .

Y había llegado otro hombre . . . más viejo . . . más cansado . . . Este no vestía de blanco; vestía como los soldados que a veces se arriesgaban por la sierra, pero en azul. No tenía la mirada bondadosa de los otros y tenía más valor: No se cubría la cara. Se acercó, lo vio y sin dejar de observarlo dijo: "¿Otro indio atropellado, Doctor?" . . . "¿Pertenenencias?" . . . Y alzó con asco los ensangrentados harapos y vio con curiosidad las pintadas hojas de amate que El había acarreado junto al pecho . . .

¡Su libro! . . . ¡El libro que contenía las verdades de la humanidad futura! . . . ¡El libro que redimía a todos los indios explotados de la sierra; a los ladinos explotados de las fábricas! . . . ¡Su libro! . . . El libro que preconizaba la lucha de clases, la unión de las masas contra la burguesía . . . ¡La igualdad completa y absoluta de los hombres! . . . ¡El libro que lo había

impulsado a dejar todo: Familia . . . Escuela . . . Porvenir . . . !

¡Sus tiras! . . . ¡Sus sagradas, antiguas, largo tiempo atesoradas tiras! ¿Eran su "pertenencia"? . . . Pero ¿Que no todo existe para el disfrute de todos? . . . ¿Quién es dueño del sol? . . . ¿De la luna; las estrellas? . . . ¿Quién posee los arroyos y los valles? ¿Quién es el amo del ágil venado o del altivo cóndor? . . . "Todos somos parte de todo, todos somos el todo . . . somos todo . . . Dios es todo". . . Así habían dicho muchos siglos a los ancianos que atesoraban las largas, amarillentas tiras de amate cubiertas de multicolores dibujos que ahora El deseaba entregar al mundo . . .

Porvenir . . . ¡El porvenir de un pequeño burgués o de un burócrata! . . . De un político rastrero o de un "ordeñador del Presupuesto" . . . Quizá, si "triunfaba", de un prevaricador; de un funcionario venal: De un "redentor" con palacete en Las Lomas o El Pedregal . . . ¡NO! . . . ¡El había nacido para enseñarle al Mundo LA VERDAD!, ¡SI: AL MUNDO! . . . Esa paradójica olla de conflictos, de contradicciones, de injusticias, en que el campesino o el obrero que acompañaban al sol desde su salida y seguían con él a veces hasta más allá de su ocultamiento, a veces mal comían; mientras la burguesía explotadora celebraba su existencia ociosa e improductiva con banquetes! . . . ¡El despertaría la conciencia de las masas! . . . ¡El iniciaría la lucha de clases . . . ! ¡El enseñaría a los oprimidos proletarios del mundo LA VERDAD . . . !

EL MUNDO DEBERIA DE CONOCER la gran verdad: la que habían preservado los ancianos; la que no habían revelado bajo los tormentos inflingidos en esta vida por los conquistadores ni amenazados para la otra por los "padrecitos" . . . LA VERDAD . . . esa que en sagrados jeroglíficos explicaban el principio y

el fin; el fulcro y la palanca que movían el universo; la esencia de la raza . . . El destino de la Humanidad . . . ¡LA VERDAD! que a él, el último iniciado de su casta de supremos sacerdotes había correspondido entregar al mundo ahora que este ciclo terminaba; ahora que este mundo se acababa . . . ¡Ahora que las estrellas inmutables señalaban el final del CUARTO SOL! . . . ¡Ahora! ¡Ce Acatl! . . . ¡1975! . . . Sólo así podría renacer un nuevo sol . . . ¡Sólo así podría re-crearse la Humanidad que si no, SE EXTINGUIRIA! . . .

El hombre joven revisó minuciosamente el libro; acarició sus gruesas pastas; palpó sus finas hojas . . . Sus ávidos dedos las recorrieron centímetro a centímetro y viendo fríamente al anciano arrancó una de ellas; probó a enrollarla con los dedos y sólo dijo: "Papel para cigarros".

El hombre de azul removió el montón de trapos blancos, ahora cubiertos de sangre y lodo; la tejida tira que el indio había usado en la cabeza; las incomprensibles tiras de burdo papel cubiertas de mal hechos dibujos de múltiples colores y sin mirar a nadie los arrojó al piso y sólo dijo: "¡Basura!".

Así, sin lágrimas, sin gritos; cada uno habiendo llegado al lugar en que soñaban empezar su obra redentora, impotentes, tirados en sus lechos, con el cuerpo y el alma destrozados trataban de hacerse oír, de incorporarse, de entregar al mundo y a los hombres LA VERDAD . . . ¡Era su quinta noche; pero era tarde ya! ¡EL QUINTO SOL, *el de la destrucción final*, había empezado!

NOTA:

Alegoría basada en una antigua leyenda azteca, inédita desde 1975, cuando fue creada, porque debido a su técnica "de espejo" la he creído de difícil comprensión.

El autor.